

INFORMACIONES

Madrid, lunes 26 de abril de 1976

TEATRO

Por Pablo CORRALAN

«7.000 gallinas y un camello», de Jesús Campos García

(MARIA GUERRERO)

MADRID, 26.—En junio del año pasado logró estrenar Jesús Campos García, en el Alfil, su primera obra ante el público madrileño. Campos García es autor declarado de por lo menos doce piezas dramáticas, pero sus afanes de autor y las posibilidades de estrenar no han logrado coordinarse hasta esa fecha debido a causas administrativas, administrativas del Estado. Su producción le ha valido una verdadera cosecha de premios, siete si no he contado mal. Aquella obra del Alfil fue «Nacimiento, pasión y muerte de... por ejemplo, tú». Unos meses antes, la revista «Primer Acto» le había publicado «Un nicho amueblado».

Ahora, después de mucho esperar, de muchas dilaciones, no todas justificadas y alguna de índole casual, ha podido ofrecer, como autor del texto, director del montaje y creador del espacio escénico, la obra con la que obtuvo el premio Lope de Vega hace dos años. Esta pieza lleva el título de «7.000 gallinas y un camello». El estreno se ha efectuado en el teatro María Guerrero, ya que debido al incendio del Español —esta es la dilación casual— resultaba imposible hacerlo en este local, que era el que imponían las bases del concurso, por ser el Ayuntamiento de Madrid patrocinador del mismo y el Español teatro de su propiedad.

En «7.000 gallinas y un camello» participan elementos que la aproximan a la comedia dramática rural, y otros que, contradiciéndose, la impulsan a la espectacularidad. Estos elementos no llegan a superponerse, a fundirse y formar un solo cuerpo, sino que van por separado y se suceden, comenzando por los segundos, siguiendo por los primeros y concluyendo por aquéllos. La espectacularidad se produce al principio y al final de la representación, como dos grandes paréntesis empujados en abarcar y redondear el desarrollo de la comedia que se produce entre ellos y que he apuntado como rural, aunque no todo sea ruralismo en ella. Por ejemplo, el personaje masculino central se presenta dotado de ciertos rasgos culturalistas. En realidad, él no ha nacido para aquel mundo de gallinas en que se ve obligado a vivir. Nos habla de Vivaldi, de «El concierto de Aranjuez», y parodia a «Hamlet»; en un inglés macarrónico, en un determinado momento. Una fuerte ráfaga de idealismo y de elevación le tienta constantemente a seguirle y a soñar con la posesión de un camello —«la utilidad de no servir para nada»—, lejos de las dóciles, ru-

tinarias, productivas y enjauladas aves de su granja. Todo cuanto esto supone, la monotonía y el conformismo, modela el carácter de su compañera de existencia, para quien nada hay que cambiar en el mundo. El autor trata lo que su obra tiene de comedia de manera costumbrista y un tanto ya desusada, y con este método consigue escenas de graciosa factura asainetada, en las que se huela en la recreación del lenguaje popular andaluz y en el trazado de unos tipos que nos recuerdan otros muchos de su misma estirpe. El factor dramático de la obra, como hecho concreto, se cifra en un deslíz sexual extramatrimonial.

El propósito del autor es relacionar críticamente la sociedad consumista y productiva con todo lo que supone de denigración moral y física, de sometimiento y de gregarismo, de alienación total y vulgar, con la necesidad innata de liberación y de creación de los hombres y resolverlo todo con un alarde espectacular que aupara, casi himnica o apoteósicamente, esta natural y legítima aspiración humana. Para ello, recurrió al realismo y al simbolismo, acentuando aquél con firmes subrayados y éste con sugerencias

subconscientes, esperando trenzarlos, fundirlos en una misma corriente reveladora. Pero los materiales utilizados resultaron demasiado dispares y reacios a la mezcla. No era fácil encajar el ruralismo y el «rock» en un mismo cuerpo dramático. Los maniqués, las máscaras, el culturalismo y la irrupción expresionista con relámpagos cinéticos y estruendo de fábrica en marcha, se sitúan en un plano demasiado lejano al de la granja andaluza para que puedan ser asumidos en un único planteamiento. La idea del autor de alcanzar una dimensión social queda subyacente, como sospechada, para el espectador, sin lograr la rompiente presencia esperada. No obstante, estas «7.000 gallinas y un camello» no es una pieza vulgar ni desdeñable. Revela la existencia de un autor ambicioso que posee una gran intuición dramática, un profundo sentido de la teatralidad y que es al mismo tiempo un director de escena de facultades poco corrientes. Su labor en este aspecto puede calificarse de magistral, así como la de creador del espacio escénico. No le regatearon los medios para su tarea, es cierto, pero él supo aprovecharlos espléndidamente en un montaje perfectamente estudiado y resuelto para la materialización de su propósito. Como colaboradores inmediatos, dispuso de un grupo de excelentes actores. Isa Escartín y Carlos Mendo dotaron de una intensa y serena naturalidad a sus respectivos personajes. Ambos estuvieron admirables. Y con ellos, Katy de la Cámara, Enrique Morente, Alberto Bové, Ana Viera Solares y Enrique Espinosa, que encarnaron los papeles más específicamente rurales, completaron el eficaz equipo interpretativo. El capítulo espectacular fue ampliamente cubierto y justificado por la Orquesta de Cámara Vivaldi y el Grupo de Rock Sinfónico Zumo.